



 La Perra

Alberto Val

DESTINO

La
Perra

Alberto
Val

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1610

© Alberto Val, 2023

Autor representado por Editabundo, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: junio de 2023

ISBN: 978-84-233-6344-5

Depósito legal: B. 8.170-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Lunes, 7 de enero de 2019. 10.00 horas
Comisaría de Puerto de la Cruz

Hay pocas cosas que alteren a Guiomar Aguilera.

Que suene el despertador los días libres, la típica llamada comercial a la hora de comer, ir a un restaurante y encontrarse un pelo en el plato o que la pongan a patrullar porque no hay nada mejor que hacer. Todo esto la pone de muy mal humor.

—¡Aguilera! ¡A mi despacho!

Escuchar a primera hora de la mañana la voz rota, fruto del consumo diario de una cajetilla de tabaco, del comisario Javier Carmona también forma parte de la lista de cosas que odia. Con toda probabilidad, esa es la que ocupa el primer lugar.

—Usted dirá, comisario.

La inspectora no oculta el disgusto en cuanto llega al despacho del jefe de la comisaría de la Policía Nacional de Puerto de la Cruz-Los Realejos. Lo que sí conserva son las formalidades, por aquello de que no le abran un expediente por faltar a un superior. Con los dos anteriores ya ha tenido suficiente y quiere re-

trasar todo lo que pueda que se haga realidad el refrán de que no hay dos sin tres. Porque sabe que cualquier día recibirá un nuevo apercebimiento, de igual modo que sabe que no puede probar solo una cucharada de helado, dejar una serie a la mitad o comprar una nueva mascota, pues, tras fallecer su galgo Guardián, ya no le queda amor para más animales. También sabe que no va a repetir embarazo, con un hijo ya está conforme. Sobre todo si este tiene una enfermedad rara que le impide llevar la vida que llevaría cualquier niño de su edad.

—¿Te han informado de la denuncia? —espeta el comisario. Aguilera niega con la cabeza—. ¿Es que no has visto las noticias?

A veces le resulta difícil contenerse y no soltarle una fresca que le saque los colores. Carmona posee un despacho con todos los lujos que pediría un vago para no trabajar: conexión wifi de alta velocidad, televisor de casi tantas pulgadas como una de las paredes laterales y una cómoda silla hecha a la medida de su trasero. Todo lo contrario que el despacho de Aguilera, si es que se le puede llamar así al espacio en el que dispone de un asiento que carece de cojín y un internet que va a pedales.

—No he tenido tiempo —miente, lo que no tiene es televisor en la comisaría.

—Joder, debes de ser la última en enterarte. ¿Para qué te pagamos, Aguilera?

—Para salvar su... —Cuenta hasta tres y recula, no quiere más expedientes—. Para ayudar al prójimo.

La carcajada del comisario se oye hasta en la Península. Esto incomoda a Aguilera, que tampoco so-

porta su risa. A decir verdad, no aguanta ninguna de sus impertinencias, aunque los galones la obligan a tolerarlo en horario de trabajo.

—Déjate de tonterías, Aguilera. Ve a hablar con el agente Román y que él te ponga al corriente.

—¿Con el de prácticas? ¿Acaso me está castigando?

—Si quisiera hacerlo te mandarían a renovar carnes.

Carmona hace un gesto de que se marche del despacho y Guiomar cumple la orden. Sale enfadada, aunque no distingue si es por su animadversión al comisario o por tener que rebajarse a hablar con el recién llegado. Ella, responsable de la Brigada Judicial de la comisaría, tiene que enterarse de los últimos acontecimientos por Eduardo Román, compañero en formación que piensa que ser un agente de la autoridad es más útil para ligar que para detener delincuentes. Al menos esa es la impresión que tiene de él después de haberlo visto más veces vestido de calle de camino a algunos de los pubs de la noche canaria que de uniforme en la comisaría o en alguno de los Citroën C4 que utilizan para patrullar.

—¿Qué tienes para mí, agente Román?

—Buenos días, inspectora —dice el muchacho mientras se levanta con rapidez, como si le hubieran pinchado en el trasero. Él sí tiene que cumplir con los formalismos—. Tenga.

Le entrega varias hojas con el membrete del Ministerio del Interior en la parte superior izquierda y el Cuerpo Nacional de Policía en la otra esquina. Se trata de un atestado.

—¿Me lo resumes? ¿O tengo que leerlo entero?
—dice Aguilera después de darle un vistazo rápido con escaso ánimo de interpretar qué pone.

—Ha venido una mujer llamada Julia Gopar, la entrenadora de Cristian Velasco —responde el agente—. Dice que ha desaparecido.

—¿Cristian Velasco? ¿El tenista? —pregunta ella, sorprendida.

Román asiente con la cabeza.

La enfermedad de Thiago, su hijo, no le permite demasiados entretenimientos y su tiempo libre se limita al horario nocturno, cuando el niño ya ha cenado y lo acuesta. Entonces, para conciliar el sueño, porque de otro modo no logra quedarse dormida, se pone un programa de televisión en el que desmenuzan la intimidad de cualquier famoso. En una de las últimas emisiones hablaron sin tapujos de la vida de Cristian Velasco, uno de los mejores tenistas del país. El programa contó con el testimonio en directo de su padre, responsable de mantenimiento de un conocido parque acuático de Tenerife, quien desglosó la trayectoria profesional de Cristian a la vez que pedía recuperar la relación con él. Aguilera lo siguió con atención y se acostó pasadas las dos de la madrugada.

—¿Qué ha ocurrido? —vuelve a preguntar ella.

—Por lo visto, hace cuatro días tenía previsto coger un vuelo a Sídney para jugar un torneo y no se presentó en el aeropuerto. La entrenadora dice que no responde las llamadas y que no está en su casa. La prensa ya ha informado de su ausencia en el torneo, lo acaban de decir en las noticias.

—¿Estaban liados? —plantea Aguilera con cierto desdén.

—No lo sé —contesta Román—, pero la mujer ha declarado que tampoco se presentó a los dos últimos entrenamientos.

—¿Seguro que no estaban liados? —insiste ella.

Román arquea las cejas, sin lograr dar con una respuesta.

—Aunque lleves aquí solo un mes —sigue la inspectora—, algo sabrás de los que viven en Puerto de la Cruz.

—Si se refiere a si tenían una relación, no sé qué decir.

—Me refiero a que conocerás a Cristian Velasco, ¿no? —pregunta Aguilera, y el agente asiente con la cabeza—. Entonces sabrás que estaba casado, así que explícame por qué pone la denuncia la entrenadora y no su mujer.

Otra vez reina el silencio y el agente teme por su formación. Se ve obligado a dar alguna respuesta, aunque no encuentra ninguna que pueda mitigar el mal humor de la inspectora.

—Quizá el matrimonio no pasa por su mejor momento —acierta a decir, con la misma poca convicción que tiene un alumno de aprobar un examen para el que no ha estudiado.

—Ni yo en esta comisaría y sigo viniendo todos los días a trabajar —replica la otra de manera seca.

El agente prefiere callar. Por mucho que Aguilera tenga una cara angelical, un cuerpo digno de pecado y una media melena negra como la arena de una playa cercana, Román todavía no posee el arrojo

suficiente para hacerse valer ante ella ni la experiencia necesaria para afrontar una situación así. Lo que sí tiene es cabeza para saber que no debe enfadar a un superior.

—¿Qué hacemos, inspectora?

Antes de preguntar, Román ha esperado a que Aguilera levante la vista de los papeles y se ponga en movimiento.

—¡Pues qué vamos a hacer! Hablar con la entrenadora, después ir a casa del tenista y comprobar si de verdad ha puesto tierra de por medio o le ha ocurrido algo.

—¿Yo también?

—Tú me has metido en este lío, así que no te escaqueas. Vienes conmigo.

Julia Gopar está sentada en la recepción de la comisaría, con una mano apoyada en el mentón y la otra deslizando los dedos por la pantalla del móvil. Aguilera la percibe intranquila, el continuo movimiento de sus piernas la delata.

Antes de presentarse ante ella, se ha informado con una simple búsqueda en la red a través de su teléfono móvil. Ha descubierto que esa mujer treintañera comparte vivencias con el tenista: como Cristian, ella también iba para estrella nacional desde pequeña. A pesar de su depurada técnica y profesionalidad, se vio obligada a abandonar el exigente circuito tenístico a causa de las lesiones cuando tan solo contaba con veinticuatro años. Desde entonces, siguió metida en el mundo del tenis como

entrenadora e hizo historia al convertirse en la primera mujer en dirigir a la selección española masculina. Una llamada de Cristian Velasco, al que conocía desde la infancia, provocó que dejara el combinado nacional para convertirse en su entrenadora.

La búsqueda también ha arrojado información acerca de sus relaciones sentimentales, lo que proporciona a Aguilera una certeza más: es poco probable que tenga un romance con Cristian, dado que a Julia no le van los hombres.

—Buenos días, señorita Gopar —se presenta.

Julia Gopar se levanta como un resorte, al igual que los familiares de un paciente ante el doctor para que este les cuente el último parte de salud.

—Usted es la entrenadora de Cristian Velasco, ¿verdad?

—Así es.

La inspectora asiente y prosigue su particular cuestionario.

—¿Puede contarme lo ocurrido? —pregunta.

—Cristian estaba muy ilusionado por volver a las pistas —responde la entrenadora—. Iba a jugar la ronda previa para clasificarse para el primer Grand Slam del año; lo esperábamos todo el equipo en el aeropuerto, pero no acudió.

—De eso hace cuatro días —recalca Aguilera—. ¿Y por qué ha tardado tanto en venir a poner la denuncia?

Julia agacha la cabeza, visiblemente nerviosa.

—Últimamente, Cristian actuaba de manera extraña. Como le he dicho, estaba ilusionado por vol-

ver a jugar, pero al mismo tiempo parecía nervioso, angustiado. Pensé que se había echado atrás.

—Usted ha declarado que tampoco se presentó a los dos últimos entrenos —la corta Aguilera.

—Sí, pero tal vez haya una explicación —titubea, como si no supiera cómo proseguir—. Discutimos —añade.

—¿Por qué motivo?

—Le dije que no estaba enfocado, que necesitaba concentrarse más. No se tomó bien mis críticas.

Suena sincera. Aguilera percibe una mezcla de rabia, dolor y angustia en sus palabras. Con más de una década de experiencia, la inspectora sabe analizar si una persona es sospechosa o no. Y Julia Gopar no parece culpable.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—El jueves pasado, en el Club de Tenis Puerto de la Cruz.

—Gracias, señorita Gopar —dice Aguilera, con la evidente intención de despacharla.

La entrenadora así lo entiende y se aleja hacia la salida de la comisaría. Una vez que se ha marchado, Guiomar se dirige al agente en prácticas y anuncia:

—Andando, nos vamos a la casa de Velasco.

Antes de partir, se dirige al despacho del comisario para informarle de sus intenciones. Llama a la puerta dando dos golpes secos con los nudillos y pasa sin esperar permiso, mientras Román se queda fuera.

—Me llevo al novato de excursión —dice en cuanto abre la puerta. No quiere pasar más tiempo del necesario frente a su superior.

—¿Alguna novedad con Cristian Velasco?

—La denuncia la ha puesto su entrenadora, así que vamos a la casa del tenista para ver si alguien sabe algo —resume ella.

—Los del corazón se van a poner las botas cuando se enteren de quién ha desaparecido.

«Y tú también, pedazo de vago», piensa ella, aunque en un ataque de raciocinio prefiere no compartirlo en voz alta.

—¿Y tu equipo? ¿No te lo llevas?

—No creo que sea necesario, comisario.

—Para ti nunca es necesario.

Aguilera asiente de forma automática como muestra de conformidad. Acaba de descubrir que hay otra cosa que la altera más que la voz del comisario: no soporta darle la razón.